

BIBLIOGRAFÍA

SECCIONES: *Agricultura y alimentación / Ciencias de las religiones y Teología / Derecho / Desarrollo y cooperación / Desarrollo rural y sociología rural / Economía / Economía social / Educación y Psicología / Empresa / Ética / Filosofía / Historia / Historia social y económica / Pensamiento social cristiano / Política / Sociología / Varios*

Autores: Pilar PENA BÚA, es profesora del Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad Loyola Andalucía. Leandro SEQUEIROS SAN ROMÁN es catedrático jubilado de la Universidad de Córdoba y miembro de la Cátedra Ciencia, Tecnología y Religión de la Universidad Pontificia Comillas. Y los miembros de la redacción.

RECENSIONES

Ética

BEORLEGUI, C. (2019) *Humanos. Entre lo prehumano y lo pos- o transhumano*. Madrid, Sal Terrae, 647 pp.

El profesor Carlos BEORLEGUI RODRÍGUEZ es doctor en Filosofía y licenciado en Teología por la Universidad de Deusto (UD); es catedrático emérito de Filosofía en la UD y profesor invitado de la Universidad Centroamericana Simeón Cañas de El Salvador. Durante su larga etapa docente, ha sido profesor de Antropología Filosófica, de Historia de la Filosofía española y latinoamericana, de Filosofía de la Mente y de Filosofía del Hecho Religioso.

Los lectores de la *Revista de Fomento Social* ya tuvieron hace unos años noticia extensa sobre su competencia intelectual sobre filosofía de la condición humana. En 2011 publicamos ya una reseña de una de sus voluminosos tratados [SEQUEIROS, L. (2011) Reseña de BEORLEGUI, C. *La singularidad de la especie humana*, en *Revista de Fomento Social*, junio 2011, pp. 333–338].

Llega ahora otro de sus extensos y documentados estudios: HUMANOS. Entre lo prehumano y lo pos- o transhumano. Dedicado a los alumnos del doctorado en Filosofía en la Universidad Centroamericana (UCA) de El Salvador (junio de 2017)

este ambicioso estudio del profesor Carlos Beorlegui va mucho más allá de sus trabajos anteriores. Si en *Antropología filosófica. Nosotros: urdimbre solidaria y responsable* (1999, 20093), el autor ofrecía un espléndido libro de texto en el que muchos hemos bebido, el presente volumen dirige su mirada hacia el futuro.

Dos de sus estudios publicados entre 2011 y 2016 daban pasos hacia una mayor definición interdisciplinar entre la filosofía, las ciencias sociales y naturales y la teología sobre el futuro de la identidad humana: *La singularidad de la especie humana* (2011), del que ya hablamos más arriba; y *Antropología filosófica: dimensiones de la realidad humana* (2016). Pero en *HUMANOS* va más allá. Desde las neurociencias, la inteligencia artificial, la biología molecular, la biología sintética y la ingeniería genética, la robótica, los ciborg, los BigData y los algoritmos, la tecnología CRISPR y la evolución programada (en expresión de Stephen Hawking) accedemos ahora al debate interdisciplinar sobre el futuro de la evolución y de la especie humana (a ello se llega sobre todo en el capítulo 7).

Las recientes obras de Antonio Diéguez en España (*Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*. Herder editorial, 2017), o de Luc Ferry (*La revolución transhumanista. Cómo la tecnomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*. Madrid, Alianza, 2017) o el del mediático israelí Yuval Noah Harari (*Homo Deus. Breve Historia del mañana*. Debate editorial, 2016), entre otros muchos, han abierto un debate social e interdisciplinar sobre las posibilidades y oportunidad ética y científica de la mejora humana que deseamos trasladar a los lectores de *Fomento Social*. Están abiertas

y no podemos eludir hoy como ciudadanos sociales la búsqueda de las respuestas a la gran pregunta: ¿estamos abocados a una pos-/transhumanidad? ¿Qué es la condición humana? ¿Existe una naturaleza humana? ¿Vamos hacia una sociedad de naturaleza transformada? ¿Cómo van a incidir los avances tecnológicos sobre la persona humana? ¿Dónde están los límites de lo humano irrenunciable?

En terminología del filósofo de las ciencias magiar Imre Lakatos nos encontramos dando un giro sustantivo al *gran programa de investigación* sobre la identidad del ser humano y consiguientemente sobre el futuro de la sociedad humana en el marco, por un lado de los avances tecno-científicos, y por otro de las consecuencias globales del cambio climático para el futuro de nuestra casa común el planeta Tierra.

La fascinación que desde hace mucho tiempo produce el saber tecno-científico en los humanos resulta extraordinaria,

—escribe Beorlegui en la Introducción a su estudio (p. 11). Pero

no cabe duda de que esta fascinación tiene muchos ingredientes místicos y religiosos, como no pocos estudiosos de la sociología de la ciencia resaltan, entremezclándose con el reconocimiento de las aportaciones científicas de sesgo cosmovisional y filosófico que, por un lado, colorea el ámbito de la ciencia con un halo misterioso y religioso y, por otro, impregna la vida de una cosmovisión naturalista y reduccionista empobrecedora. Es esta tendencia al predominio de un naturalismo reduccionista la que nos interesa resaltar aquí, en la medida en que tiene repercusiones directas e inquietantes sobre nuestra identidad humana. (p. 11)

Podríamos decir, utilizando otra vez la terminología de Lakatos, que nos encontramos

con el núcleo duro del gran programa de investigación que estructura y orienta el sólido armazón intelectual de la hoja de ruta de la Antropología filosófica. Por eso,

el hilo argumental que queremos seguir en este libro va a consistir precisamente en recorrer el conjunto de aspectos comparativos entre humanos y animales, desde las estructuras genética, cerebral, evolutiva, mental y comportamental, para advertir lo que nos acerca a los demás animales y lo que nos diferencia de ellos, y poder llegar a la conclusión de que la tesis humanista y antropocéntrica sigue teniendo mayores apoyos en los datos de la investigación científica que las tesis antropológicas contrarias. (p. 12)

En 1928, el breve ensayo de Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos* no solo aporta el fundamento racional de un modo diferente de aportar la identidad sobre el ser humano, sino que también supone un giro epistemológico radical que da lugar a la actual Antropología filosófica: esta se convierte en una disciplina autónoma que parte de los datos de las ciencias de la naturaleza (paleoantropología, prehistoria, ecología, evolucionismo), transita hacia las ciencias sociales y la historia de las culturas, deriva hacia la gran pregunta de las relaciones (que permanecen abiertas) entre biología y cultura y desemboca en las cuestiones tecno-científicas de la humanidad emergente en la que humanos y máquinas constituyen ya una trama interactiva emergente.

La antropología filosófica clásica del siglo XX está siendo sustituida por otra perspectiva de lo que significa la identidad del ser humano.

La tendencia que va predominando y se va extendiendo, –prosigue Beorlegui– empujada por el prestigio aplastante del enfoque científico y de sus supuestas evidencias empíricas aportadas por su método empí-

rico y objetivo, es la que defiende que al ser humano hay que bajarlo del pedestal en el que se había situado (...). A fin de cuentas somos una especie animal más surgida del proceso evolutivo, y llamada a ser superada también, en un futuro no muy lejano, por otros modelos de humanidad, los hombres biónicos o ciborgs, o los robots inteligentes, andróides/ginóides, como defienden los denominados poshumanistas y transhumanistas. (p. 18)

Estructurado en ocho extensos capítulos, los seis primeros (pp. 27–478) intentan aproximaciones interdisciplinares que tienen como eje las ciencias de la vida en un sentido amplio. En el primer capítulo (pp. 27–90) se centra en las aportaciones de la genética y también de la nueva disciplina biológica, la epigenética a la descripción de la identidad humana. El capítulo segundo (“El cerebro que nos posibilita ser y hacernos humanos”, pp. 91 a 150) está destinado a abordar la misma reflexión incluyendo los datos de las neurociencias abordando el espinoso tema de las diferencias cuantitativas y cualitativas con el resto de los seres vivos.

El capítulo tercero (“El proceso de hominización”, pp. 151–220) se aborda la identidad del ser humano desde los datos de la paleoantropología y de la biología molecular sistematizando lo que acertadamente se suele denominar el proceso de hominización, el estudio de los procesos biológicos que identifican la rama de los homínidos. Pero desde el punto de vista del autor – que compartimos – el proceso de la evolución biológica dio lugar a la emergencia de comportamientos que no son – desde nuestro punto de vista – reducibles a la mera biología (“El proceso de humanización”, capítulo cuarto, pp. 221–300).

La humanización, tal como ya apuntó Teilhard de Chardin, implica un “salto” cualitativo que nos describe como animal bio-cultural. Los humanos somos *la única especie que se halla troquelada por su propio entorno cultural* (p. 23).

Desde este diálogo biología-cultura es desde donde se entiende la mente humana en toda su complejidad (“La especificidad de la mente humana”, capítulo cinco, pp. 301–384), así como su estructura de comportamiento y la personalidad irreplicable de cada individuo, así como el conjunto de los elementos que configura cada cultura humana (“La estructura comportamental del ser humano”, capítulo sexto, pp. 385–478).

Pero en la actualidad los avances en el terreno de las biotecnologías, sobre todo las aplicadas al terreno interno de los humanos (antropotecnias), nos están confrontando con otro ámbito de comparación, con una era futura en la que se pretende poder superar la era de “lo humano” para situarnos en un mundo que muchos están llamando poshumano o transhumano (“El futuro de la evolución y de la especie humana, ¿Hacia una pos-/transhumanidad? capítulo séptimo, pp. 479–566).

Este capítulo séptimo se abre con un texto luminoso de Luc Ferry (su estudio *La revolución transhumanista* de 2017 es básico en el desarrollo de este nuevo paradigma) que acierta en la formulación del problema:

En el fondo, siempre acabamos volviendo a la misma pregunta: ¿se trata de que lo humano sea más humano –es decir, mejor, ser más humano– o lo queremos deshumanizar, engendrando artificialmente una nueva especie, la de los poshumanos? (p. 479)

Para Beorlegui,

la especie humana es fruto del proceso evolutivo, pero es la única que es capaz de leer su propia estructura genética e introducir cambios en ella. (p. 479)

Tal vez una de las aportaciones más iluminadoras (y didácticas) de Beorlegui es sistematizar el abanico de perspectivas pos- o transhumanistas en

tres modos diferentes de interpretar la etapa histórica que se presenta ante nosotros: el poshumanismo zocéntrico o biocéntrico, el poshumanismo biónico y el transhumanismo robótico o ingenieril. (p. 24)

Con modestia, escribe Beorlegui (p. 502):

Tratando de establecer cierta claridad entre ellos [los diferentes autores que tratan estas cuestiones], creemos que se pueden distinguir tres ámbitos de reflexión o de propuestas.

El poshumanismo zocéntrico o biocéntrico, defiende la superación de la etapa humanista o antropocéntrica (típico de la posmodernidad, como Lyotard, del estructuralismo como el de Foucault; el poshumanismo biónico o tecnológico (como el de Nick Bostrom, David Pearce, y otros eugenésicos), que persigue la mejora de lo humano utilizando las posibilidades que le dan las nuevas tecnologías, sin importarle que se difuminen las fronteras de lo humano y lo prehumano o animal; y la tercera perspectiva es la del trashumanismo robótico o ingenieril, que no pretende mejorar lo humano, sino superarlo con la construcción de humanos artificiales, los robots o androides/ginoides, que representan de algún modo una extensión de la humanidad. Encontramos aquí entre otros a D. M. MacKay, Hans

Moravec y Ray Kurzweil. Sobre todo este último ha desarrollado mucho el concepto de *singularidad*, que cobra fuerza en el debate (pp. 502–503).

Beorlegui, dado su talante dialogador y tolerante, intenta llegar en el capítulo 8 (“La naturaleza de lo humano, en discusión”, páginas 566–640) a una posible salida que, aceptando la realidad, sea razonable filosóficamente y conforme a unos valores éticos que se acepten desde una perspectiva cristiana.

Leemos en la Introducción al texto:

Ante los graves y cercanos retos (tal vez inmediatos, podríamos añadir) que estos avances tecnológicos nos están proponiendo, tanto en el terreno tecnológico como en el ético, nos vemos abocados a plantearnos cuál es en definitiva la naturaleza o condición humana, en la medida en que desde ella tenemos que dilucidar la posibilidad o la necesidad de presentar una serie de límites o líneas rojas que se enfrenten a ciertas pretensiones utópicas de dejar las manos libres a todo tipo de propuestas eugenésicas y tecnorrobóticas.

Este será en contenido del capítulo octavo y último (p. 24). En el fondo de estas reflexiones (muy prudentes, sin duda, sin caer en alarmismos o catastrofismos) está el debate ya presente desde la filosofía griega: ¿quiénes somos los seres humanos? No es este el momento de resumir una densa reflexión que pecaría de reduccionista y dejamos a los lectores construir por si mismos las respuestas coherentes.

El autor ha intentado –creemos que con acierto– presentar al final de cada uno de los extensos capítulos una bibliografía actualizada y selecta. Tal vez algunos echen de menos algunas obras que se consideran de impacto editorial hoy, pero agradecemos a Beorlegui el esfuerzo titánico de ofrecer al lector una orientación bibliográfica actualizada de las múltiples disciplinas filosóficas, científicas y teológicas que conspiran en la construcción interdisciplinar de la condición humana en la era tecno–científica.

[Leandro SEQUEIROS SAN ROMÁN]